

EL DISCURSO ACADÉMICO: ¿SEXISMO O ANDROCENTRISMO? *

Amparo Moreno Sardà
(Profesora de Historia de la Comunicación Social.
Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad
Autónoma de Barcelona)

«Se aprende a mandar obedeciendo»

ARISTÓTELES. *La Política*

LAS MUJERES Y LA DEMOCRATIZACIÓN DEL SABER ACADÉMICO

Una de las transformaciones más notables experimentadas a lo largo de los siglos XIX y XX es la que ha afectado a la relación entre personas analfabetas y personas alfabetizadas, hasta el punto de que recientemente se ha llegado a afirmar que la división social fundamental en la actualidad es la que resulta de las distintas posibilidades de acceso a la información.

Ciertamente, el conocimiento de las reglas de lectura y escritura fue, primero, patrimonio de las minorías dirigentes religiosas (recordemos que Carlomagno, considerado primer emperador de la Cristiandad europea occidental, era analfabeto); posteriormente, también de los funcionarios laicos y los mercaderes, padres fundacionales de la aristocracia, el funcionariado y la burguesía; y, a lo largo de las dos últimas centurias, se ha difundido entre sectores de población cada vez más amplios, de modo que en la actualidad se afirma que las personas analfabetas constituyen la minoría y la inmensa mayoría de la población sabe leer y escribir.

* Parte del texto sirvió como ponencia presentada en la Primera Trobada de la Dona.

Esta afirmación, sin embargo, hay que matizarla si queremos evitar incurrir en graves errores.

En primer lugar, hay que ubicarla en las coordenadas sociohistóricas a las que corresponde, y atender al proceso histórico de configuración y difusión del sistema de conocimiento al que nos referimos, a su alcance en el espacio y en el tiempo.

Así, cabe notar que la ampliación del radio de influencia del saber alfabético ha sido un proceso conflictivo, que no ha afectado, y no afecta, a toda la población por igual: desde la resistencia de la Iglesia de Roma a aceptar, durante mucho tiempo, que cualquiera de sus fieles pudiera leer la Biblia, menos aún leerla según su libre albedrío (uno de los motivos de ruptura con quienes recibieron el nombre de «protestantes»), hasta las actuales reivindicaciones estudiantiles en contra de la selectividad, el acceso de sectores de población cada vez más amplios a una forma de conocimiento propia de las minorías que se ocupan en el ejercicio del poder, ha tenido que vencer, una y otra vez, la resistencia de estas minorías a compartir lo que consideran exclusivo.

Además, esta transformación social hay que analizarla atendiendo ya no sólo a las actuales zonas centrales de la Cristiandad europea occidental, sino teniendo en cuenta también el proceso histórico mediante el cual estas zonas centrales se han delimitado como tales en relación con los propósitos expansivos que la orientan (recordemos: «Creced y multiplicaos y poblad la tierra») y que exigen incrementar constantemente el número de quienes se dedican a imponer y perpetuar el dominio expansivo: guerreros y sacerdotes, funcionarios y mercaderes, así como todos los seres humanos que hacen posible que estos colectivos se dediquen a semejantes menesteres y se beneficien de ello en mayor o menor medida.

Hay que tener en cuenta que las minorías y las mayorías lo son siempre respecto a un colectivo social más amplio; que la inversión de la relación entre minorías y mayorías alfabetizadas se ha producido en las zonas centrales de la civilización occidental, en la medida en que ésta se ha expansionado y ha impuesto su hegemonía sobre territorios más amplios, es decir, sobre otras mayorías; en fin, que la afirmación de que la mayoría de la población ha accedido al saber alfabético sólo es correcta si restringimos nuestra mirada a la población ubicada en los espacios sociales centrales dominados por la Cristiandad europea occidental, y nos olvidamos de las zonas de influencia; por tanto, se trata de una afirmación viciada por un etnocentrismo clasista.

Ahora bien, si adoptamos una perspectiva abierta a las coordenadas espacio-temporales en las que se produce esta transformación, el acceso de sectores cada vez más amplios de la población al saber propio de las

minorías que se ocupan del ejercicio del poder se nos aparece como un fenómeno al mismo tiempo irrefrenable y conflictivo. Irrefrenable en la medida en que uno de los objetivos fundamentales y fundamentadores —acaso la razón de su existencia— de estas minorías consiste en la constante y cada vez más sistemática expansión territorial, expansión que exige incrementar el número y cualificación de quienes se dedican a perpetuar y ampliar este dominio expansivo. Conflictivo porque, no obstante, este fenómeno tropieza constantemente con la resistencia de las minorías a compartir los que considera sus privilegios, a ampliar el número de quienes participan en el reparto del botín obtenido mediante el dominio expansivo y, en consecuencia, a que puedan disminuir sus beneficios. Pero esa resistencia es vana, ya que el dominio expansivo, y su consolidación, su perduración en los nuevos espacios ocupados y explotados de forma cada vez más sistemática (más económica), y su supervivencia a través de las sucesivas generaciones, requiere incrementar el número de quienes se ocupan de esta tarea: dejar de ser minoría y transformarse en una nueva... mayoría minoritaria que opera sobre un radio de acción más amplio, que sitúa nuevos colectivos sociales bajo su hegemonía y establece nuevas demarcaciones entre mayorías y minorías.

Este marco ayuda a comprender por qué la divulgación del saber alfabético se ha producido de forma discriminatoria; y, además, que esta transformación en la organización social y en la distribución social del conocimiento afecte, también, al propio sistema de conocimiento orientado al dominio expansivo, es decir, a las formas de saber vinculadas al ejercicio del poder.

Por una parte, la divulgación del saber alfabético no ha afectado a toda la población por igual, sino de forma discriminatoria, y puede notarse la estrecha relación entre los distintos grupos sociales, los cuales responden a la articulación de las distintas divisiones sociales, y las diferentes posibilidades de acceso a un sistema de conocimiento que se ofrece a su vez ordenado en niveles jerarquizados (primario, secundario... superior), al tiempo que este sistema discriminatorio repercute en las posibilidades de disfrutar de unas u otras condiciones de vida. Dicho de otra forma: si bien las distintas condiciones de vida, según el espacio patrimonial en que se nace (por tanto, según la raza y la clase), y según el sexo y la edad, repercuten en las distintas posibilidades de acceso al saber, éste, a su vez, influye también en las diferentes posibilidades de participación y disfrute patrimonial en los bienes que la expansión reporta.

Pero, además, estas transformaciones sociales han incidido en el propio saber, en la medida en que el conocimiento de espacios sociales más amplios y diversos, y los propósitos de conocerlos de forma cada vez más

pormenorizada para establecer normas de actuación estandarizadas cada vez más minuciosas, requiere incrementar el universo simbólico a través del cual se expresa ese conocimiento, hacerlo más complejo y, finalmente, desarrollar nuevos procedimientos de economía simbólica que faciliten la operatividad de un sistema simbólico tan vasto y complejo. No en vano, la divulgación de la alfabetización se ha producido a la vez que la configuración de la cultura de masas y la sociedad de la información, que aparecen hoy como las nuevas formas de redefinir el sistema de valores y el universo mental de esas nuevas minorías mayoritarias organizadas, a su vez, jerárquicamente y de forma compleja.

En esa dinámica histórica, a medida que una cantidad ya considerable de mujeres hemos accedido a los niveles superiores del saber alfabético y la información, en la segunda mitad del siglo XX nos hemos empezado a plantear hasta qué punto ese saber se halla viciado, al haber sido elaborado en las centurias anteriores exclusivamente por varones. Y esta preocupación ha dado lugar a numerosos trabajos feministas, los cuales se han ocupado de estudiar la realidad pasada y presente de las mujeres a fin de subsanar el silencio que los textos del saber académico suelen guardar, en sus distintas ramas y versiones, acerca de la realidad que afecta al menos a la mitad de la población. Se ha hablado, así, del SEXISMO del saber académico.

Sin embargo, dado que el saber académico no olvida sólo a las mujeres, ni siquiera a todas las mujeres por igual, cabe preguntarse no sólo por lo que excluye y silencia, sino, en primer lugar, por lo que incluye, por lo que considera significativo: por ese HOMBRE que aparece como PROTAGONISTA DE LA HISTORIA, sujeto agente de la vida social pasada y presente, por ese HOMBRE que hemos aprendido a identificar con LO HUMANO, en sentido genérico y universal, y que, obviamente, condiciona todas nuestras explicaciones sobre la existencia humana.

Esta manera de plantearnos el problema nos permite considerar el SEXISMO en relación con otros ingredientes que articulan un ORDEN SOCIAL JERÁRQUICO, CENTRALIZADO; en consecuencia, hablar de ANDROCENTRISMO.

La palabra ANDROCENTRISMO está compuesta por un primer término griego, ANER, ANDROS, que hace referencia al ser de sexo masculino, al hombre por oposición a la mujer, y por oposición a los dioses: al hombre de una determinada edad (es decir, que no es niño, ni adolescente, ni anciano), de un determinado estatus (marido) y de unas determinadas cualidades (honor, valentía...) consideradas viriles. En sentido estricto, al HOMBRE HECHO que forma parte del ejército. Por tanto, no se refiere a cualquier ser humano de sexo masculino, sino al que ha asimilado un conjunto de valores viriles, en el sentido latino en que se habla de VIR, y en el que

hoy se les dice a los jóvenes: «irás a la mili, y te harán un hombre». La palabra ANDROCENETRISMO está compuesta, además, por un segundo término que hace referencia a un situarse en el centro, esto es, en una porción del espacio social desde la que se reglamenta jerárquicamente la vida del colectivo; un situarse en el centro del que, en consecuencia, se deriva una perspectiva centralista.

Mis indagaciones en torno al ORDEN ANDROCÉNTRICO DEL SABER ACADÉMICO me han conducido a propugnar nuevas perspectivas que prefiero definir como NO-ANDROCÉNTRICAS, es decir, que se resisten a identificarse con cualquier perspectiva CENTRALISTA.¹ Cabe notar que mientras desde el CENTRO siempre se obtienen visiones muy similares, desde las márgenes pueden lograrse visiones muy diversas, que se complementan y enriquecen sin que ninguna de ellas tenga la pretensión de identificarse como la VERDADERA ni se proponga excluir las aportaciones de los restantes puntos de vista. Por tanto, la pretensión de VERDAD excluyente aparece como un indicio claro de adopción de un punto de vista CENTRAL.

EL ARQUETIPO VIRIL, YO CONSCIENTE DEL DECIR Y EL HACER PÚBLICOS

La crítica al discurso académico, procurando no restringir mi análisis al SEXISMO, sino atender también a la articulación entre las diversas divisiones sociales y una organización social jerarquizada, me llevó a concluir la sospecha —o hipótesis— de que ese HOMBRE que aparece como PROTAGONISTA DE LA HISTORIA y, en consecuencia, como SUJETO del discurso de las restantes ciencias sociales, no corresponde a cualquier ser humano, mujer u hombre de cualquier condición, sino a lo que podemos definir como un ARQUETIPO VIRIL; me permitió notar que, aunque no suele explicitarse, los masculinos presuntamente genéricos no se refieren al conjunto de miembros de un colectivo social (así, romanos, catalanes, franceses, españoles...), al conjunto de seres humanos, mujeres y hombres diversas y diversos, ni siquiera a los hombres, sino a los miembros de unos colectivos humanos bien delimitados, que constituyen lo que podemos designar como COLECTIVOS VIRILES HEGEMÓNICOS. Estos COLECTIVOS se han ubicado históricamente en una porción del espacio social que han delimitado

1. Los resultados de estas indagaciones pueden verse en *El Arquetipo Viril, protagonista de la historia*, LaSal, Edicions de les Dones, Barcelona, 1986; y en *La otra «Política» de Aristóteles*, Icaria, Barcelona, 1988.

y construido simbólicamente (arquitectónica, institucional, ritual y mitológicamente) como CENTRO, y desde el que se ocupan de reglamentar la vida social.

Los miembros de estos COLECTIVOS VIRILES, para incorporarse a los espacios sociales desde los que se ejerce el poder, para integrarse como miembros del CENTRO HEGEMÓNICO y para legitimarse en él y legítimarlo, SE AUTODEFINEN COMO SUPERIORES... a base de DEFINIR COMO INFERIORES a otras opciones de existencia humana que no implican VOLUNTAD DE PODER: producen y reproducen un sistemático juego de definiciones positivas/negativas, de AFIRMACIONES QUE NIEGAN, y mediante el cual construyen un SISTEMA DE CLASIFICACIÓN SOCIAL IMAGINARIO, de carácter jerárquico, que les permite, en primer lugar, AUTOCONVENVERSE de su falaz superioridad —dotarse de cohesión interna, de un consenso o sentir común—, y tratar de imponer esta convicción a otras y otros hombres y mujeres por medio de la coerción y la persuasión disuasoria.

En definitiva, concluí que en nuestro paso por el sistema educativo aprendemos a conceptualizar LO HUMANO de acuerdo con un sistema de valores propio de una opción particular de existencia humana, que asumimos dogmáticamente a base de creerla OBJETIVA, RACIONAL: una noción de LO HUMANO que corresponde no a cualquier ser humano, ni siquiera a cualquier hombre, sino a un modelo concreto de comportamiento definido en términos masculinos; a un varón adulto que se dota de medios de poder y de saber (de HACER y de DECIR) para imponerse hegemónicamente sobre otras y otros mujeres y hombres cuya vida se empeña en reglamentar para poder, como decía Aristóteles, no sólo vivir, sino VIVIR BIEN, es decir, para vivir parasitariamente y dedicarse a perpetuar y a ser posible ampliar su hegemonía. Esta conceptualización de LO HUMANO a la medida de un ARQUETIPO VIRIL, que aparece insistentemente en el discurso histórico y en el de las restantes ciencias sociales, así como en otras explicaciones públicas de carácter político, económico e informativo, como modelo de lo NATURAL-SUPERIOR-HUMANO, es la que nos hemos habituado a asumir como YO CONSCIENTE, en tanto en cuanto somos profesionales de —o profesamos en— esas formas de ese saber. En tanto que oficientes de la PALABRA PÚBLICA, no importan ya las características fisiológicas de sexo, raza... que nos sean propias.

De ahí que considere necesario fundamentar nuestra CRÍTICA al saber propio del ejercicio del poder, en unos ejercicios de AUTOCRÍTICA de nuestros hábitos mentales que constriñen y gobiernan nuestras actuaciones y actitudes. Pues si la PALABRA PÚBLICA es un DECIR para orientar el HACER (Aristóteles hablaba en este sentido del LOGOS ARKHITEKTOS), nuestra crítica no puede limitarse al DECIR. Es más, acaso sólo modificando los

hábitos de actuación asumidos en nuestro tránsito de la infancia a la adultez seamos capaces de formular explicaciones más plenamente humanas.

De hecho, el ARQUETIPO VIRIL es, fundamentalmente, un MODELO DE COMPORTAMIENTO PÚBLICO: sus diversas versiones nos ofrecen otras tantas formas de actuación pertinentes para actuar en los escenarios públicos. Aquí radica la importancia del estudio del discurso histórico por parte de las jóvenes generaciones: persuade de que el funcionamiento de la sociedad es NATURAL-SUPERIOR; por tanto, disuade de que pueda modificarse so pena de incurrir en el amenazante Caos, en definitiva, genera un profundo CONSENSO entre quienes lo asimilan.

El sistema educativo aparece así como el RITUAL INICIÁTICO a que debemos someternos hoy mujeres y hombres que hemos de acceder a un CENTRO HEGEMÓNICO amplio y diverso, complejo, estructurado a su vez como en estratos concéntricos jerarquizados, y compuesto, en sus distintos niveles, por esa tercera parte de la humanidad que se vanagloria de participar en la sociedad del despilfarro aun a expensas de los dos tercios de la humanidad que pasan hambre, y gracias a haber desarrollado una formidable capacidad de autodestrucción. Esa tercera parte de la humanidad que no necesita mirar a lo lejos —hacia un a menudo mitificado Sur— para encontrarse con esos seres humanos a los que generosamente redimir: seguramente bastaría con que tomase conciencia de que en los propios espacios sociales en los que transcurre su vida cotidianamente se producen profundas discriminaciones, y de que la modernidad con que se ornamenta se produce a expensas de quienes quedan relegados a lo que se ha dado en llamar BOLSAS DE MISERIA.

Esto es precisamente lo que encubre el saber formulado por y para el ejercicio del poder: el orden que gobierna el saber académico androcéntricamente tamiza y hasta bloquea nuestra capacidad de pensamiento, la orienta de acuerdo con unos pre-supuestos dogmatizados que nos conducen una y otra vez a dar nueva racionalidad al mismo sistema. No en vano, la estructura mental propia del ARQUETIPO VIRIL, su universo mental y sistema de valores, resulta al mismo tiempo productora y producto de un YO COGNOSCENTE, el YO CONSCIENTE con el que se formula el saber vinculado al poder, y que puede no modificarse sustancialmente si nos limitamos a invertir su carácter SEXISTA, y al ANDROCENTRISMO replicamos simplemente con el GINECOCENTRISMO.

Aquí radica el papel del sistema escolar como institución que mediatiza la comunicación social, como MEDIUM: transmite, entre las jóvenes generaciones, la versión legitimada como verídica acerca del legado histórico de las generaciones predecesoras que hay que conservar; y, al mismo tiempo,

sirve para que los ya ADULTOS, en la medida en que han asimilado tal versión como verídica, participen así de una visión común de LO HUMANO, que les dota de cohesión interna. Sin embargo —o acaso por ello—, esta dimensión ADULTA de la PALABRA PÚBLICA resulta ser uno de los aspectos más encubiertos o, lo que es lo mismo, asimilado de forma más inconsciente.

Y es que quizá, toda creencia en un YO que se afirma negando a otras y otros hombres y mujeres, sólo puede erigirse sobre la propia AUTONEGACIÓN de quien se pretende SUPERIOR... por temor a sentirse similar a cualquier otra criatura humana, sin voluntad de poder ni de trascender.